

---

## LA PRODUCCIÓN DE LA EXPERIENCIA URBANA: NARRATIVAS Y PROCESOS ESPACIO-TEMPORALES EN LA FORMACIÓN DE UN ASENTAMIENTO PLANIFICADO DE LA MATANZA

Lucas Barreto<sup>a</sup>

Recibido el 22 de febrero de 2019, aceptado para su publicación el 28 de junio de 2019.

### RESUMEN

¿Cómo se consolidó a lo largo del tiempo una determinada experiencia urbana en los pobladores de un barrio de La Matanza que nació como Asentamiento Planificado a finales de los noventa? Desde los momentos iniciales del traslado, padecimientos y armado de casillas, hasta la posterior organización, enunciación de demandas y urbanización, los vínculos entre entorno y sujetos, entre espacio, tiempo y experiencias se vuelven significativos. Desde un enfoque etnográfico y a través de entrevistas a habitantes y líderes barriales, explicitamos los *lugares-eventos* traídos y encarnados en los cuerpos y descripciones nativas: el encuentro con lo inhóspito, el barro, las montañas y el agua configurando las experiencias cotidianas.

En este trabajo, el cual se integra a una investigación mayor sobre procesos de producción del espacio barrial y de la política en asentamientos de La Matanza, el análisis de los procesos espacio-temporales –ya que espacio y tiempo se entrelazan como aspectos fundamentales en la conformación del hábitat– partirá de una relación de mutua interdependencia a la que llamaremos *espacialización del tiempo y temporalización del espacio*.

Buscamos, por un lado, dimensionar las maneras en que se configuran las experiencias urbanas de actores sociales quienes, en sus diferencias temporales, espaciales y materiales habitan la periferia como una experiencia común, aunque no necesariamente una experiencia compartida. Por otro lado, es posible identificar cómo aquellas instancias de producción y apropiación entre entorno y sujetos estructuraron la dinámica político-colectiva que configura –y ha configurado– la cotidianidad del Nicolás a lo largo de su proceso de formación.

**PALABRAS CLAVE:** Espacio; Tiempo; Experiencias; Hábitat; Organización.

### ABSTRACT

How was a determined urban experience consolidated in the inhabitants of a neighborhood of La Matanza that began as a Planned Settlement in the late 1990s? From the initial moments of transfer, suffering and armed squats, to the subsequent organization, enunciation of demands and urbanization, the links between environment and subjects, between space, time and experiences become significant. From an ethnographic approach and through interviews with inhabitants and neighborhood leaders, we explain the *places-events* brought and incarnated in the bodies and native descriptions: the encounter with the inhospitable, the mud, mountains and water configuring the everyday experiences.

In this work, which is integrated into a larger investigation about processes of production of the space and politics in shanty towns of La Matanza, the analysis of spatio-temporal processes –since space

---

<sup>a</sup> Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Sección de Antropología Social, Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. lucasebarreto@hotmail.com.

and time are intertwined as fundamental aspects in the conformation of habitat– will start from an imbrication we’ve named *spatialization of time* and *timing from space*.

With this we seek, on the one hand, to dimension the ways in which the urban experiences of social actors are configured, who in their temporal, spatial and material differences inhabit the periphery as a common experience, although not necessarily a shared experience. On the other hand, it is possible to identify how those instances of production and appropriation between environment and subjects structured the political-collective dynamics that configure –and has configured– the daily life of Nicolás throughout its production and urbanization process.

**KEY WORDS:** Space; Time; Experiences; Habitat; Organization.

## INTRODUCCIÓN

Este trabajo busca dar cuenta de cómo se consolidó a lo largo del tiempo una determinada experiencia urbana en los pobladores del Nicolás<sup>1</sup>, un barrio de La Matanza que nació como Asentamiento Planificado a fines de los ‘90.<sup>2</sup> Se trata de avances de investigación en curso sobre procesos de producción del espacio barrial y vinculaciones con la formación de la política colectiva en una región de asentamientos urbanos del Gran Buenos Aires, cuyos resultados fueron volcados en mi tesis de licenciatura en ciencias antropológicas.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Los nombres del barrio y de sus pobladores han sido modificados con el objetivo de mantener el anonimato y preservar sus identidades.

<sup>2</sup> El Gobierno de la Provincia de Buenos Aires creó el Plan de Regularización Dominial y Urbana en diciembre de 1996. Estableciendo el decreto 4686/96, la gobernación –junto al Ministerio de Economía de la Provincia de Buenos Aires, el Banco de la Provincia de Buenos Aires, la Unidad Ejecutora de Reconstrucción del Gran Buenos Aires y la Secretaría de Tierras y Urbanismo de la Provincia de Buenos Aires– promovía “en todo su territorio, la regularización urbana y dominial en apoyo de sectores jurídica y económicamente desfavorecidos”. Para ello desplegaría una serie de programas, entre ellos el de “Asentamientos Planificados”. Significó el traslado de distintas poblaciones a predios de grandes dimensiones, con lotes bien delimitados, los cuales serían pagados en cuotas accesibles y donde progresivamente se instalarían servicios urbanos básicos.

<sup>3</sup> Agradezco, en este sentido, el permanente apoyo y los comentarios enriquecedores de la Dra. Virginia Manzano, quien coordina el proyecto UBACyT “La producción de los modos de vida de los sectores populares urbanos: Un estudio antropológico de las relaciones con la tierra, la vivienda y el trabajo”.

Por experiencia urbana entendemos, de acuerdo al aporte del antropólogo Ramiro Segura, a los modos diferenciales de “ver, hacer y sentir la ciudad y la vida en la ciudad por parte de actores situados social y espacialmente” (Segura, 2015, p. 26). En este sentido, las experiencias que los actores sociales viven y comparten al posicionarse espacialmente en distintos contextos urbanos contribuyen a que sus acciones, expectativas y tensiones se formulen en lenguajes, estrategias y argumentos definidos; de este modo, se consolidan así subjetividades y visiones del mundo.

La formación del barrio Nicolás implicó, por otra parte, procesos de largo alcance temporal y profundas transformaciones espaciales, por lo que espacio y tiempo se entrelazan, en tanto aspectos significativos de la consolidación de aquella trama urbana y como configuradores de las experiencias de los pobladores. En este sentido, espacio y tiempo se conjugan aquí como relación a la que llamaremos, basándonos en el trabajo de la antropóloga brasileña Nashieli Loera (2014), *espacialización del tiempo y temporalización del espacio*. Con *espacialización del tiempo* entendemos aquel proceso que se enmarca en los modos en los que producir lugar conlleva una compleja y diferencial periodización, dependiendo de las trayectorias y posiciones de los pobladores en el entramado local. Allí, el tiempo se torna concreto, se objetiva y legítima a partir de la materialidad del lote, la casilla o el barrio armado, mejorado y urbanizado: quedarse en Nicolás y levantarlo hace palpable todo un recorrido marcado por diversos acontecimientos que estructuraron la experiencia colectiva, donde el tiempo es inscrito en el espacio

barrial, pues aquellos recientemente asentados reactualizan un ciclo espiralado de producción de hábitat popular que se inicia con la delimitación de lotes y manzanas en un descampado.

La segunda cara de estas instancias espacio-temporales es la *temporalización del espacio* y refiere a cómo la contabilización cronológica de diversos sucesos propios de esta producción, que implica el paso de Asentamiento Planificado a barrio, reproduce una gramática propia en donde las variaciones relacionales de cada conjunto, los procesos materiales –y por tanto corporizados– de pérdidas, sufrimientos y logros son sentidos a través de la construcción de múltiples temporalidades. El carácter diferencial dado a las temporalidades de esta formación le imprime nuevos y complejos sentidos, de allí la riqueza de documentar la multiplicidad de periodizaciones sobre el Nicolás. Entonces, los procesos en donde se interrelacionan espacio y tiempo serán analizados a partir del desarrollo de una serie de eventos locales propios de la conformación del Asentamiento Planificado. Aquí nos parece fundamental retomar el trabajo de la antropóloga Antonádia Borges (2003). En su trabajo sobre el poblado brasileño de Recanto das Emas, acuñó la noción de *lugares-eventos* para dar cuenta de ciertas “categorías esenciales de la vida nativa, sin las cuales difícilmente es posible actuar o expresarse en aquella ciudad” (Borges, 2003, pp. 10-11). Estas categorías condensan lugares u objetos que se manifiestan como acciones y circulan práctica y discursivamente entre diferentes pobladores. El carácter fundamental de los lugares-eventos como un modo de acceder a la dimensión vívida de ese universo social, posibilita un conocimiento de la experiencia etnográfica en tanto conjunción de teorías nativas y teoría antropológica. Justamente, nos proponemos, en lo que sigue, construir desde la noción de lugares-eventos los procesos espacio-temporales que posibilitaron armar el Nicolás.

A partir de conversaciones informales, entrevistas individuales y colectivas a los habitantes y líderes o referentes barriales, fotografías del investigador y de los propios pobladores, y otros materiales del trabajo de campo, las narrativas de lugar construidas con relatos, memorias y fragmentos de

aquella historia local vivida por vecinos y vecinas nos acercamos a los lugares-eventos encarnados en los cuerpos y descripciones nativas: el encuentro con lo inhóspito, el barro, las montañas y el agua en tanto elementos señalados por los habitantes como configuradores de las experiencias cotidianas.

### **PRIMEROS MOMENTOS: EL ENCUENTRO CON LO INHÓSPITO**

Nicolás posee una configuración de poblamiento escalonada, de allí se desprende la progresiva sectorización del barrio. Luego de las primeras corrientes poblacionales que arribaron a mediados de los '90 –familias de La Matanza y Villa Fiorito ubicadas en los sectores de adelante y parte del sector medio–, grupos sociales de diversos lugares del Gran Buenos Aires se instalaron en el sector del medio y en parte del sector del fondo entre 1999 y 2003. Ambos grupos poblacionales habitaron de manera formal, a través de trámites en oficinas públicas y obteniendo documentos que adjudicaban la asignación de los lotes. Más tarde, parte del sector del fondo fue ocupado de manera irregular por considerarse inhabitable ante la cercanía del arroyo y, por ello, la zona más precaria del barrio. Posteriormente se ocuparon espacios verdes y pequeños campos dentro de Nicolás, producto del factor generacional y la reproducción de la unidad doméstica.<sup>4</sup> Luego de la victoria electoral de la alianza Cambiemos a finales del 2015, surgieron nuevos asentamientos en extensiones linderas, entre ellos el barrio Canay. Según las palabras de Lucía, referente barrial del sector de adelante, cada 10 años ocurre una explosión de lucha por la vivienda y por la tierra. Estas oscilaciones de acción colectiva no son ajenas sino, más bien, aspectos relacionados al contexto social, político y económico que se experimenta a nivel nacional. Los ciclos de toma, que se pueden definir como un espiral de ocupaciones de tierra (Loera, 2006), son producidos debido a factores generacionales, económicos,

---

<sup>4</sup> Con unidad doméstica hacemos referencia a un grupo social cuyos integrantes comparten el espacio de residencia y están vinculados a partir de relaciones de parentesco.

coyunturales y de estrategia colectiva en relación con las características del espacio apropiado y las posibilidades de alcanzar acuerdos con instancias gubernamentales.

En La Matanza, ya sea por un crecimiento de la unidad doméstica (y el consiguiente hacinamiento) o por otros factores que potenciaron la búsqueda de nuevos lugares donde vivir, muchas de las familias que participaron en los primeros procesos de toma de tierras de las décadas del ochenta llevaron a cabo durante mediados de los '90 una nueva fase de ocupaciones en terrenos y espacios verdes. Estas nuevas ocupaciones, cercanas a zonas residenciales y dentro de espacios de alta valorización inmobiliaria –sumado a diversos procesos de organización y demanda al Estado en una coyuntura de dificultades económicas para un gran porcentaje de la población, además de ciertas complejidades en el ámbito político–, generaron las condiciones de posibilidad para la constitución de un lenguaje de afirmación simbólica con dimensiones propias (Sigaud, 2000).

El fin de estas ocupaciones, coordinadas por dirigentes de movimientos sociales-territoriales de izquierda y del campo popular era establecer relaciones negociadas con funcionarios de la Subsecretaría de Tierras y Urbanismo (bajo gestión del peronismo bonaerense) y así acceder a un escenario favorable para habitar nuevas tierras por la saturación en las zonas ya establecidas, hecho que finalmente concluyó en el proceso de asentamiento de las primeras 50 familias en las tierras nuevas del Nicolás, quienes se ubicarían en el sector de adelante.

En similares condiciones que estos últimos, los pobladores arribados de Villa Fiorito –40 familias distribuidas en el sector del medio– explicitan el proceso de reasentamiento a partir de la mediación de funcionarios públicos pertenecientes a la Subsecretaría de Tierras y Urbanismo, quienes los ayudaron a buscar otras opciones donde vivir ante una ocupación precaria sobre zonas inundables cercanas a un arroyo en cuyo cauce se vertían desechos industriales contaminantes.

En ambos procesos, tras haber sido transportados en camiones y colectivos provistos por el gobierno provincial y municipal, las primeras experiencias

de los pobladores al asentarse y pasar sus días en el Asentamiento Planificado son definidas como vivencias de padecimientos. Primero debían montar sus carpas en los lotes ya delimitados y establecer la unidad doméstica hasta poder normalizar la situación y recolectar recursos económicos para solventar las siguientes obras.

Lejos del entusiasmo inicial por lograr acceder al terreno propio luego de un proceso complejo de diálogos, demandas y negociaciones con funcionarios gubernamentales, el encuentro con un entorno rural desconocido, caracterizado por grandes campos y aspectos particulares reflejaba un choque experiencial explicitado en sus narrativas de lugar. A través de tropos como “campo vacío”, “llegar a la nada”, “lo inhóspito”, los habitantes construyen un pasado en donde el encuentro con la naturaleza constituye un patrón implícito en el asentamiento; ello se refleja en la conclusión que expresa Lucía, considerada por muchos pobladores como la principal referente del barrio, al señalar que todos los habitantes pasaron por lo mismo. La sensación de inmensidad y aislamiento se agrega a sus memorias, como lo describen vecinas del sector del medio:

“Cuando nosotros llegamos, nosotros veíamos allá donde se ve esa casa era todo campo limpio, campo limpio, el río. Lo único que había allá, que ahora tomaron esa parte, estaba lleno de choclos. Nosotros comíamos eso. Porque no había nada acá” (RC 26/10/2017 - Entrevista a Ñoña, vecina de Nicolás).

La lejanía respecto a centros urbanos dificultaba el transcurrir cotidiano: vecinos y vecinas construyen sus relatos en relación con la percepción de estar en el “fondo de la ruta” (RC 29/03/2017 – Entrevista colectiva a vecinas), donde, según sus palabras, no había nada. Grandes distancias significaban dificultades y un gran desgaste para desplazarse. Caminar tres kilómetros hasta la principal vía de acceso y comunicación, la Ruta Nacional N°3, con el propósito de proveerse de víveres, salir del Nicolás para ir a trabajar o por cualquier actividad era una rutina naturalizada por las familias.

Además, el Asentamiento Planificado carecía de ámbitos colectivos de sociabilidad, instituciones y servicios presentes en cualquier barrio: establecimientos educativos, salas comunitarias de salud, plazas, medios de transporte, etc. Aquellas ausencias se acentuaron como disparadores para la organización política en torno a la mejora urbana. Asimismo, formar el barrio implicaba atacar y domesticar la naturaleza, adaptarse a una región diferente y modificarla: pese a las características positivas de lo natural, lo verde, lo rural, los silencios y la tranquilidad, estos elementos se imponen como contrastantes en relación con un acceso facilitado, el ruido, la movilidad de personas y automóviles o el gris del concreto y construcciones edilicias de sus vivencias anteriores en conglomerados urbanos. Como resultado del desplazamiento de estos grupos desde una zona urbana hacia otra rural, se reproduce el sentido de sacrificio frente a vivencias a las que no estaban acostumbrados. Estar, como los pobladores expresan, en medio de la nada, donde les faltaba todo, significaba un acontecimiento signado por el aislamiento y la soledad que forjó una experiencia urbana diferencial. Sentirse aislados constituía, por otra parte, un doble rostro marcado por la sensación de estar rodeados de elementos que no pueden quedar exentos en sus narrativas y justamente conforman los lugares-eventos movilizados por los pobladores al retratar su pasado y su presente: montañas –categoría nativa que será desarrollada más adelante–, extensos campos, torres de alta tensión, arroyos, cementerios.

Después de las carpas llegaba el momento de comenzar a construir sus casillas, intercambiando materiales temporarios por otros más estables, levantando columnas y colocando lonas, chapas, maderas que se amoldaban como techos o paredes según las posibilidades de cada familia. Estos materiales se conseguían por acciones individuales o mediante la gestión ante funcionarios y autoridades.

A lo largo de la investigación fue posible extraer diversos aspectos de aquellas narrativas sobre los primeros momentos en Nicolás. Primero, se reproduce un tropo que es común en los relatos de vecinos y vecinas que vinieron de anteriores

ocupaciones: el hecho de haber sido “tirados” en un predio. “Nos mandaron acá”, “nos trajeron”, “nos dejaron acá”, afirman los pobladores (RC 04/10/2013 – Entrevista a Ricardo y personal de cooperativas; RC 23/10/2013 – Entrevista a Lucía; RC 04/11/2013 – Entrevista a Carla), y estas afirmaciones expresan cierta sensación de molestia y disconformidad con los funcionarios de la Subsecretaría de Tierras y Urbanismo, quienes gestionaron los traslados al Asentamiento Planificado. Frente a un proceso previo de organización, demandas, negociaciones y construcción de acuerdos y obligaciones entre vecinos y actores encargados de políticas públicas provinciales, se puso en juego una serie de compromisos, en especial la promesa de emplazar allí un barrio modelo con todas las comodidades e instalaciones comunitarias de importancia para quienes vivirían allí, hecho que motorizó los traslados. Estos compromisos asumidos se desdibujaron a medida que el tiempo transcurría: las características geográficas y los eventos climáticos acentuaron momentos de penuria para poblaciones desempleadas y en situación de pobreza. La falla cometida desde ámbitos gubernamentales al no cumplir las promesas definió una escalada de conflictos y acciones colectivas puestas en marcha por vecinos organizados y agotados por la paralización de los avances en el barrio.

Segundo, el toparse con eventos climáticos y vivir en una región rural acarrea una serie de inconvenientes para estas familias. Al ser un entorno caracterizado por las grandes extensiones de pastizales y campos, las tormentas y ráfagas de viento se desenvolvían con una fuerza no experimentada en sus contextos urbanos anteriores. Como recuerda la Ñoña, vecina del sector del medio “Vino la tormenta nos llevó todo el rancho. Nos quedamos sin nada, nada quedó en el techo” (RC 26/10/2017-Entrevista a Ñoña). Además, no sólo se trataba de los vientos huracanados que volaban los techos y desarmaban las precarias casillas; inviernos sentidos como más crudos –sobre todo en suelos de tierra sin contrapiso– y las lluvias extendidas, cuyas consecuencias eran las inundaciones del asentamiento. El ambiente rural, más allá de configurarse a medida que los sujetos



levantaban el barrio, también era percibido como incontenible, inmanejable ante fenómenos que no tenían manera de controlar.

Tercero, y en vinculación con los eventos climáticos, estas narrativas nos hablan de cómo el experimentar y transcurrir en esos ritmos y oscilaciones del entorno imprimían un sentido de padecimiento tanto físico como emocional. Por un lado, reflejaban el sacrificio corporal de restablecer la estabilidad dentro del lote y retomar los trabajos de armado y construcción de sus casillas. Tras las tormentas y los eventos climáticos se activaban los trabajos de albañilería, los martillazos para reponer los techos y la circulación de chapas y otros elementos para la infraestructura habitacional de las familias, aunque las velocidades de estas tareas eran diversas según la capacidad económica y los contactos que cada vecino y vecina habían sabido construir durante sus trayectorias. Se trataba de poner el cuerpo frente a una situación no prevista y reinventarse, (re)construyendo casillas, lotes y el Asentamiento Planificado.

Por otra parte, hablan del padecimiento emocional producto de perder sus cosas, lo poco que habían podido armar. Como entendemos que se trataba de un proceso espacio-temporal, no sólo se producía hábitat sino que se producía sobre tiempo no previsible: las pérdidas simbólicas también mellaban en los pobladores, ya que consumir semanas en estas (re)construcciones, muchas veces empezando de cero –y consumir recursos monetarios en materiales coexistiendo con algo sobre lo que no se tenía control– configuraba de modos significativos en esa subjetividad (y corporalidad) (re)produciendo habitantes. Un evento impredecible modificaba toda planificación y previsibilidad de una situación experimentada como precaria. Asimismo conducía a la aceleración y el ajuste de esfuerzos individuales y colectivos para alcanzar una temporalidad acorde para levantar sus casillas y armar el Nicolás: las familias no podían seguir esperando; si el gobierno no respondía, ellos debían desplegar estrategias para resolver problemáticas acuciantes.

Un aporte dentro de las ciencias sociales que nos permite ahondar en una mirada renovada sobre la relación entre ambiente y sociedad es el de la

ecología política. Dentro de esta corriente nos interesa retomar el aporte de Tim Ingold (2015), quien ha elaborado una perspectiva del habitar (*dwelling perspective*), en tanto producir es hacer en el uso, construir en la medida en cuanto vivimos integrados e integrando un contexto determinado. En sus palabras, este enfoque diferencial reconoce que “las formas que la gente hace o construye, sea en su imaginación o sobre la tierra, emergen del discurrir de su involucramiento en una actividad, en los específicos contextos relacionales de su compromiso práctico con su ambiente” (Ingold, 2015, p. 29).

En este sentido, los ambientes se encuentran continuamente en obra, y son modificados por diversos agentes que se involucran y contribuyen a su formación: “ciertamente los seres humanos, pero también los animales virtualmente de todo tipo, así como plantas y hongos, el viento y la lluvia, glaciares, ríos y océanos” (Ingold, 2012b: 27). Participar dentro de un campo de relaciones donde el construir hace parte a la lógica relacional entre entorno y organismos, y donde los límites y contornos nunca se establecen definitivamente, es formar parte de una zona de interpenetración, enmarañamiento o, como Ingold también lo define, de la malla (*meshwork*), consistente en “montones de líneas entretrejidas”. Allí, más que estar fuera del organismo, el crecimiento tiene lugar mientras los habitantes de ese ambiente “hacen sus caminos siguiendo diferentes sendas” (Ingold, 2012b, p. 73).

Esta zona de enmarañamiento obviamente puede variar de acuerdo a la dimensión geográfica o las temporalidades. En Nicolás observamos cómo la interacción y mutua producción entre el ambiente rural y las familias asentadas conforma esta “maraña de senderos o fibras entrelazadas, continuamente deshilachándose aquí e hilándose allá” (Ingold, 2012b, pp. 28-29). Los vecinos y vecinas hicieron el barrio, cortando las malezas, rellenando sectores que eran inhabitables, adaptándose a un entorno salvaje –y adaptándolo a sus propias dinámicas–, creciendo a medida que se modificaba el paisaje y se relacionaban con él, desde una existencia movilizadora por el sufrimiento frente a las inclemencias del tiempo,

las inundaciones y la convivencia con olores, colores, texturas particulares de esta región hasta un presente urbanizado en el que aquellas características se atenuaron. La existencia relacional con un espacio en construcción también se compone de un progresivo conocimiento de condiciones oscilantes, de ritmos específicos y diferentes respecto de contextos anteriores: los saberes nativos también se producen y circulan en relación con la formación barrial.

Por último, en las narrativas observamos cómo se movilizan las situaciones de ayuda mutua entre vecinos y vecinas de los distintos sectores. Las familias asentadas debían establecer relaciones con grupos sociales, tanto de estrecha confianza –gracias al haber sido parte de distintos eventos de tomas de tierras y provenir de los mismos asentamientos–, así como con desconocidos cuyos intereses, recursos y experiencias quizás no eran compartidos. Conocerse en el mientras tanto conllevó ciertas complejidades en Nicolás. En este sentido, las temporalidades sostenidas al formar el barrio implicaron la propia construcción de comunidad y lazos afectivos, y esta construcción resultó transformadora para sus vidas allí. La reciprocidad entre pobladores tras las inclemencias del tiempo y los padecimientos durante los primeros momentos se desarrollaba no sólo al momento de levantar sus casillas –prestando herramientas, asistiendo durante los trabajos de reparación– sino también en lo cotidiano, a la hora de compartir las comidas y alimentarse. De todas formas, justamente por la dinámica diferencial y escalonada, propia del proceso de asentamiento poblacional, es claro que se hayan generado disputas y problemas con vecinos y vecinas que no pudieron construir lazos comunitarios y afectos con pobladores del mismo o diferente sector barrial. Para finalizar, es importante señalar cómo el encuentro con lo inhóspito y otras particularidades de la configuración territorial de Nicolás –algunas de las cuales son apropiadas como lugares-eventos por los pobladores en tanto aspectos significativos de la cotidianidad– definieron una serie de modalidades organizativas y prácticas sociales que resultaron en lo que llamamos producción de la política colectiva. Los habitantes de Nicolás

en su conjunto atravesaron y atraviesan una serie de problemáticas relacionadas con bienes y servicios ausentes en una región segregada con respecto a los entornos urbanos. Es ante situaciones de padecimiento por la precariedad en el hábitat y el hartazgo debido a la espera de promesas y compromisos no cumplidos por parte de funcionarios de gobierno, que los habitantes desplegaron un conjunto de prácticas comunes en un escenario de negociaciones y conflicto, lo que muchos de ellos definen como “luchar por un barrio digno”. Estas prácticas se vincularon con acciones de acampe y movilización a dependencias gubernamentales, escraches a políticos, cortes de rutas y calles, asambleas con diversos actores sociales y reuniones junto a agentes gubernamentales, todo ello con el objetivo de lograr acuerdos en términos del acceso a recursos y bienes imprescindibles para la vida cotidiana, puestos de empleo y compromisos de inversión pública en infraestructura barrial y urbanización. Entonces, esta concepción de barrio digno se instaura como noción legitimadora (Thompson, 1995) de demandas y movilizaciones que apelan a expectativas sociales, normas y costumbres aprendidas al significar el espacio y, sobre todo, en cada encuentro armónico o conflictivo entre pobladores o funcionarios del Estado. Construir primero la falta de tierra, luego el desempleo y el hambre y posteriormente la falta de servicios urbanos básicos como problema –en tanto eran, según la palabra de los líderes barriales, “derechos postergados”– resultó en la conformación de distintas modalidades colectivas de participación política en los vecinos y vecinas; esto, a su vez, produjo, actividades políticas como experiencia y como medio para lograr avances en el Nicolás (Barreto, 2018).

### **EL BARRO, LAS MONTAÑAS Y EL AGUA: PERCIBIR LA COTIDIANIDAD**

Otro de los lugares-eventos movilizados por los pobladores al elaborar sus narrativas es la presencia del barro. Recordemos que el asentamiento planificado poseía durante los comienzos una sola de sus calles pavimentadas, que atravesaba el sector de adelante y parte del medio. La tierra,

y el lodo –luego de lluvias– estaban presentes en las demás vías de acceso, las veredas y los lotes, inscribiéndose en las dinámicas cotidianas internas donde primaban los trabajos comunitarios (construcción de servicios comunitarios, armado de casillas, etc.), los desplazamientos para buscar agua o acceder a las comidas comunitarias y la presencia en asambleas vecinales.

Al salir del Nicolás el barro era un factor que estaba implícito: en las movilidades de sus habitantes primó como práctica el caminar hasta la Ruta N°3 para poder trasladarse hacia los centros urbanos de La Matanza (ya sea para trabajar, visitar familiares, realizar compras o trámites). Paula, vecina del fondo agrega que “Cuando llovía o que se yo... era ir hasta allá adelante, con el barro... todos pasaron por lo mismo” (RC 29/03/2017 – Entrevista colectiva a vecinas).

Además, el barro no sólo dificultaba las movilidades de vecinos al salir del barrio. Andrea, quien provino de Lomas de Zamora, grafica esta complejidad al señalar “imaginate que ahora te cuesta salir de acá, imaginate cuando todo esto era barro que no entraba la ambulancia” (RC 26/03/2017 – Entrevista a vecina del sector del medio). Los desplazamientos frente a posibles situaciones de emergencia también se veían impedidos. La situación precaria del entorno y de familias desempleadas, además de la ausencia de un centro comunitario de salud durante los primeros años, obturaba la circulación de ambulancias y móviles policiales para ingresar al Asentamiento Planificado.

Mientras recordaban y tejían sus narrativas en relación con el barro, vecinos y vecinas cargaban este lugar-evento con sentidos asociados al rechazo y las limitaciones para desenvolverse cotidianamente. Situaciones como el “vivir con el barro hasta las rodillas”, sentir “asco” al recordar la suciedad o, como decía Carla, poseer una sensación paralizante y sentir terror al barro por el miedo a caer y lastimarse, son comunes entre los nicolenses. Vecinos y vecinas traían a escena anécdotas rememorando sus vivencias de interacción con el barro en las calles y veredas, describiendo los tramos urbanos como “el chancherío” o “el chiquero”, incluso narrando acciones como el cargar sus bicicletas a los

hombros o el evitar ensuciar sus zapatillas durante el trayecto hacia la ruta para ir al trabajo o a realizar algún trámite. Eran momentos en los que, por el anegamiento de las vías de acceso y la ausencia de transporte público, los desplazamientos requerían de un mayor esfuerzo.

A su vez, establecer un asentamiento cerca de un arroyo produjo grandes inconvenientes para muchos de los habitantes del Nicolás. Una de las primeras tareas de quienes poblaron esa región fue rellenar los lotes para aumentar su altura. Durante épocas de lluvia las aguas avanzaban hacia los lotes y provocaban pérdidas materiales y simbólicas. Además del desempleo y la precariedad, debían soportar estas situaciones mientras se organizaban individual o colectivamente para armar el barrio.

Cada vecina o vecino entrevistado narraba las inundaciones como fenómenos que marcaron sentidamente las experiencias de habitar en Nicolás. Existen versiones variadas sobre la cantidad de veces que el agua, quizás contaminada por la presencia de un relleno sanitario, aumentaba su altura y les hacía perder todo –para algunos fueron quince inundaciones, para otros ocho, otros tres, dependiendo de la ubicación en el barrio, la fisonomía de sus casillas o casas y la altura del lote. Del mismo modo que fenómenos temporales les volaban las chapas y les tiraban las casillas, las inundaciones implicaron el (re)construir y consumir tiempo para recuperar los elementos de sus casas, limpiarlas para evitar enfermedades y organizarse para realizar gestiones y reclamos a las oficinas gubernamentales.

En sus relatos queda claro que, a pesar de que en el boleto de compraventa firmado al acceder al lote figuraba en letras de tamaño reducido una aclaración sobre la categorización de la región como zona inundable, al consumarse los hechos, las miradas y el enojo se dirigía a los gobiernos municipal y provincial como responsables de aquellos traumas. Sienten la planificación estatal de urbanizar un humedal rellenado como una situación sumamente deficiente e inadmisibile. Asimismo, la compensación por sus pérdidas nunca era satisfactoria ni compensaba lo vivido. Otras familias, en cambio, recibieron colchones, chapas, tirantes, bolsones de mercadería y *sachets*



de agua que bajaban hacia el barrio. Un aspecto estructural de estos acontecimientos es el conflicto por los repartos (considerados para muchos pobladores como injustos) o la nula distribución hacia ciertos sectores del Nicolás sin fuerte peso político ni liderazgos, sobre todo, en el caso de familias del sector del medio y el fondo.

Canay, quien vivió durante varios años en el sector del fondo y hoy es considerado referente del nuevo barrio, describió las inundaciones como eventos en los que perdía todo: “perdí la mitad de mi vida, porque perdí todas mis cosas. Se pierden todas las cosas... Por eso vinimos para acá, más alejado del arroyo. Porque el arroyo acá está a 15 cuadras” (RC 30/04/2017 - Canay, líder del nuevo barrio). Ante mi consulta sobre las fuertes lluvias que habían acontecido algunas semanas atrás de ese otoño de 2017, respondió:

“El año pasado por ejemplo, en agosto que vino una lluvia de 22 días. Una tormenta que me agarró acá. No se inundó. Teníamos barro y lo que quieras pero por lo menos agua no. No se me fundieron las cosas que compré por suerte. Es como que volví a vivir de vuelta. Yo creo que a todos les va a pasar lo mismo: si perdés tus cosas te tiene que doler. Y perdí un montón de cosas [viviendo en el sector del fondo]. Un día dije ‘no compro más nada’. Después rescaté esta oportunidad, porque esta es una oportunidad que te dan, viste” (RC 30/04/2017 - Canay, líder del nuevo barrio).

De esta manera, observamos que hay un entrelazamiento entre los lugares-eventos que atravesaron y atraviesan la formación del Nicolás y la vida cotidiana de sus vecinos. Fenómenos como las inundaciones generan consecuencias que son vividas intensamente. De allí las palabras de Canay en las que resalta la angustia y la incertidumbre que genera el perder sus cosas conseguidas con esfuerzo para no volver a recuperarlas, y la forma en la que la vincula con procesos biológicos como la vida y la muerte: las cosas forman parte de uno, se anudan en la propia experiencia, y con ellas establecemos ciertos lazos perdurables.

Retomando la perspectiva de Tim Ingold (2012a), podemos decir que recursos materiales como el barro y el agua fluyen del mismo modo que lo hacen las cosas, moldeándose mutuamente y con ello moldeando las experiencias de los pobladores. Más que objetos inertes, las cosas están vivas porque se fugan, traspasan sus contornos y circulan entre los hombres; se anudan en estos y sus vivencias.

Las *montañas* imperan como otro de los lugares-eventos desplegados por los pobladores del Nicolás al experimentar su cotidianidad. Hablar de montañas en La Matanza puede sonar peculiar y hasta inverosímil, pero es algo concreto para vecinos y vecinas de los alrededores de Virrey del Pino y González Catán. Uno de los aspectos que configuran el barrio es la presencia de grandes cúmulos de tierra y residuos que pertenecen al relleno sanitario CEAMSE<sup>5</sup>, los cuales se ubican tras el arroyo Morales. Al arribar a la región, cualquier individuo externo siente sorpresa e incredulidad al observar estas grandes masas de tosca y basura. Pero no se tratan de fenómenos geográficos estables sino que las montañas también se insertan en los procesos espacio-temporales de Nicolás. El relleno ha venido mutando desde su apertura y, así como sus olores han sido atenuados, su(s) forma(s) comprende(n) dinámicas continuas que las llevan a aumentar su altura. De esta manera, se vuelve más o menos empinado a medida que las máquinas excavadoras realizan procedimientos vinculados con el tratamiento de la basura, incluso a crear nuevas montañas al expandirse los trabajos y al crecer el ingreso de residuos. Cada vez que regreso a visitar el Nicolás, y las fotografías plasman esto, las delimitaciones montañosas se observan de manera distinta; las montañas cambian de forma. Como alguna vez comentó uno de los vecinos entrevistados, “cuando nosotros vinimos a vivir acá el CEAMSE no se veía y ahora el CEAMSE te tapa el sol...”. (RC 30/08/2015 – Entrevista a poblador del sector del medio)

Por otra parte, y siguiendo con el análisis sobre las montañas en tanto lugares-eventos locales,

<sup>5</sup> Coordinación Ecológica Área Metropolitana Sociedad del Estado.

las familias han desarrollado diversas teorías sobre los efectos que produce el relleno sanitario del CEAMSE en el Nicolás. Por una cuestión de espacio, acotamos estas teorías en dos grupos.

1- Vecinos y vecinas explicitan concepciones sobre los olores que emanan las montañas del CEAMSE. Estas teorías nativas provienen de sus vivencias cotidianas a lo largo de un período que para muchos se inició hace alrededor de 20 años en el Asentamiento Planificado. Aquellas formulaciones tratan sobre la progresiva percepción atenuada de los olores. En tramos pasados del tiempo los pobladores sentían olores más fuertes e insoportables, sobre todo durante los veranos y al aumentar la temperatura. Fue frecuente escuchar que “no se puede estar” por el hedor y sensaciones ambivalentes en relación con el “haberse acostumbrado” frente a tal experiencia sensitiva.

La variable temporal, al parecer, significó transformaciones en cómo son percibidos esos “olores a CEAMSE”, a partir de una dicotomía antes/ahora. Si al principio del armado del Nicolás los olores y demás aspectos espaciales se tornaban insoportables, para muchos se trató de un proceso de adaptación en el que hoy se (de)muestra cierto amoldamiento. Para otros en cambio, la percepción sensorial de los lugares-eventos desplegados aquí es síntoma de rechazo y asco.

A su vez, Lucía señala que en “los primeros años fue mucho más, el olor” y que con el paso del tiempo los responsables del relleno sanitario “fueron buscando algunos químicos o algo para que todo ese olor que venía y ese humo no estuviera” (RC 23/10/2013 – Entrevista a Lucía, referente barrial). Como las narrativas lo demuestran, las teorías acerca de los olores y las modificaciones en relación con la dirección del viento –cuando el viento se dirige al barrio se siente en un grado mayor–, el tratamiento de la basura –cambios en los posicionamientos donde las máquinas arrojan desechos o en la utilización de distintos líquidos para su tratamiento–, etc., se diversifican entre los pobladores, dependiendo de la ubicación espacial en el Asentamiento Planificado y la profundidad temporal de las experiencias de establecimiento.

2- Asimismo se construyen teorías nativas

contrapuestas acerca de los efectos de convivir cotidianamente con las montañas y las demás configuraciones espaciales del entorno en Nicolás. Por una parte encontramos aquellas posturas que reducen los sentidos de un efecto degradante para la salud, en relación con la posibilidad de contaminación del suelo, el agua y el aire como consecuencia del relleno sanitario.

Incluso en algunas de estas posturas la culpabilidad por el estado de contaminación en que se encuentra el agua proveniente del sistema de red construido por vecinos y vecinas durante los primeros años –como parte del programa Barrios Bonaerenses<sup>6</sup>–, se dirige, no hacia las montañas del CEAMSE, sino a la ineptitud humana: falta de mantenimiento de las cañerías, ausencia de limpieza del tanque central, conexiones deficientes (como mangueras pinchadas) por parte de cada familia, manipulación sin conocimiento del tendido en lotes, incluso suciedad y falta de higiene de aquellos que padecieron enfermedades relacionados con el uso del agua o el contacto con suelo contaminado. “Pero yo crié mi hija acá con el agua de acá” – afirma Miriam, oriunda de Monte Grande, ubicada en el sector del medio– “Yo tomé agua... mis hijas nunca se llenaron de granos, por el CEAMSE, nunca”. Para ella, la respuesta a las infecciones en la piel sería más bien una cuestión relativa a la limpieza de las casas y al cuidado higiénico dentro de cada familia “porque no toman recaudos” y “la gente es mugrienta” (RC 23/10/2013 – Miriam, vecina del sector del medio).

Entonces, para varios pobladores las atribuciones de responsabilidad individual por mecanismos

---

<sup>6</sup> El Plan Barrios Bonaerenses fue creado en el marco de la Emergencia Laboral declarada por el Decreto 1862/97. Se trató de una iniciativa provincial que articuló la Secretaría de Trabajo junto a los distintos municipios Comprendió el desarrollo de proyectos:

(a) de orientación productiva.

(b) de orientación de servicios.

(c) de capacitación.

(d) de obras menores, a propuesta de Municipios, Organizaciones Gubernamentales y No Gubernamentales reconocidas.

Los beneficiarios del Barrios Bonaerenses percibieron una “subvención no remunerativa”, que no excedió los 350 pesos.

precarios de cuidado corporal y de higiene sostienen una razón para enfermarse que no tiene relación con las características ambientales de la región.

La segunda postura es la que vincula los diferentes problemas de salud de los pobladores al relleno sanitario. Esta posición se encuentra sedimentada en el entendimiento, como afirma Lucía, de que “muchas enfermedades de las que tenemos es producto del lugar donde vivimos.” Para una gran parte de vecinos y vecinas, vivir al lado del CEAMSE es una cuestión problemática a corto y largo plazo para sus vidas, aunque los resultados se perciben de modo variable, desplazándose desde problemáticas crónicas y temporales hasta síntomas graves y de riesgo. Entonces, pobladores del Asentamiento Planificado, –en contraposición con ciertas explicaciones relacionadas a la falta de cuidado higiénico familiar que eximen de culpabilidad a la presencia del relleno sanitario como causante de enfermedades graves–, expresan una serie de problemáticas en su salud y asocian los mismos con la configuración espacial en la que habitan.

## CONCLUSIONES

El barrio Nicolás se inició como Asentamiento Planificado a finales de la década del 90, luego de largos recorridos que llevaron a cabo familias con trayectorias colectivas y residenciales heterogéneas. Tras años de padecimientos –por la configuración geográfica del lugar–, organización y demandas hacia instancias gubernamentales, comenzaron a concretar logros en términos de mejora barrial y urbanización. Por otro lado, también se produjeron resquebrajamiento internos, nuevos asentamientos y la aparición de nuevas problemáticas.

En este trabajo se profundizó en un tipo de experiencia vinculada a la producción del espacio social y urbano, la experiencia urbana, la cual remite a los diversos modos de ver, hacer y sentir la ciudad y la vida en la ciudad por parte de actores situados tanto social como espacialmente (Segura, 2015). Aún más, en Nicolás la producción de hábitat popular, con todas las aristas y complejidades que resultan de este proceso, conllevó la consolidación

de experiencias significativas, producto de la transformación del entorno y la transformación de las personas.

Más allá de acentuar en una caracterización de experiencias diversas, se puede sostener, siguiendo a Segura (2015), que los habitantes de aquel lugar, en sus diferencias temporales, espaciales y materiales al momento de poblar y formar el barrio, habitan la periferia “como una experiencia común, aunque no necesariamente una experiencia compartida” (Segura, 2015, p.72). Tras un proceso de formación barrial desarrollado a partir de momentos y en condiciones disímiles, y ante situaciones de sufrimiento y precariedad propias de esta experiencia común de habitar la periferia –en donde los servicios urbanos e infraestructura son deficientes–, los pobladores llevaron a cabo acciones de acampe y movilización a dependencias gubernamentales, escraches a políticos, cortes de rutas, asambleas vecinales y reuniones junto a funcionarios. El centro articulador de estas acciones era, como los habitantes mencionan, la lucha por un barrio digno. En tanto noción legitimadora de demandas y del despliegue colectivo a través de expectativas, normas y costumbres aprehendidas (Thompson, 1995), luchar por un barrio digno consolidó a la política como medio para la producción del asentamiento planificado en un barrio urbanizado.

A la vez, las experiencias no fueron necesariamente compartidas entre los pobladores, sino que muchas veces se trató de acciones y resoluciones diferenciadas de acuerdo a los sectores que habitaban y a las problemáticas que buscaban resolver, a las agrupaciones político-territoriales de las que participaron o participan (si lo hacen), a la capacidad de movilización y poder que detentaron los referentes barriales con los que interactuaban, a las trayectorias personales y colectivas, entre otros factores.

Otras dimensiones analíticas que se tuvieron en cuenta a la hora de construir este texto están relacionadas con las nociones de tiempo y espacio, ambas interrelacionadas bajo lo que definimos como proceso espacio-temporal. Esta interrelación fue abordada bajo los conceptos de *espacialización del tiempo y temporalización del*

espacio, retomando los desarrollos teóricos de la antropóloga Nashieli Loera sobre acampamentos de *sin tierra* en Brasil. Todo proceso de formación barrial y producción de hábitat se sostiene sobre estos dos ejes: lo interesante es tratar ambas instancias, espacio y tiempo, retroalimentándose mutuamente. La construcción del espacio social y urbano (Bourdieu, 1999; Carman, 2007; DaMatta, 1991; Girola, 2007; Lefebvre, 2013; Massey, 2009), siempre dinámica y a través de vinculaciones cotidianas entre actores sociales, –incluso como escenario de disputas y conflictos incesantes–, no puede comprenderse sin retomar en sus tramas las temporalidades diferenciales y variables de cambio propias de todo proceso social. Para adicionar a este proceso de transformación espacio-temporal, recuperamos a Tim Ingold (2012b, 2015), quien a partir de su perspectiva del habitar y el concepto de *meshwork*, nos propone atender a la mutua interacción y producción entre ambiente y organismos. Construir hábitat implica construir una zona de enmarañamiento entre las familias y su entorno en donde se interpenetran trayectorias y experiencias disimiles, procesos variables y vínculos complejos.

Por otra parte, pero no menos importante ya que estructuró estos argumentos, desarrollamos una serie de lugares-eventos que circulan discursivamente y, a su vez, constituyen la cotidianidad de los vecinos y vecinas del Nicolás. Así, como lo señala Antonádia Borges (2003), atendimos a categorías esenciales en aquel universo social, las cuales circulan práctica y discursivamente entre los pobladores. En este sentido, retomamos a partir de las narrativas locales los múltiples sentidos y teorías que sostienen ejes espacio-temporales fundamentales allí: el encuentro con lo inhóspito, el barro, el agua y las montañas. Por medio de construcciones nativas, aquel universo social adquiere sentidos diversos sobre la configuración rural, desolada y salvaje durante los primeros momentos; o la sensación de incomodidad y parálisis producto del barro inmiscuyéndose en todas las actividades cotidianas de los habitantes; o las propias montañas insertándose en esta dinámica espacio-temporal en donde cambiaban de formas, de olores y de efectos sobre el cuerpo y la salud del barrio; o del agua del

arroyo y de las lluvias ingresando a sus terrenos y resignificando, tanto la materialidad de las casillas como las cosas conseguidas con esfuerzo, hechos que les hacían perder “la mitad de la vida”; de este modo, se resignifica toda planificación y el tiempo ocupado para su reproducción social.

De todos modos, hace falta profundizar en otras construcciones nativas fundamentales para comprender con mayor amplitud las experiencias urbanas en aquel Asentamiento Planificado. La basura, las casillas o el lote aparecen como elementos que deben ser analizados en trabajos posteriores, incluso las tensiones surgidas entre pobladores durante la producción del espacio barrial (así como sus resoluciones y los efectos sobre las dinámicas sociales cotidianas).

En Nicolás, se trataba de aprender sobre la marcha, de conocer mediante el estar ahí, de actuar en base a decisiones colectivas de ayuda mutua y de pensar creativamente la gestión de los escasos recursos, “arreglándose” con lo que podían conseguir para formar el barrio. Este proceso evidentemente resultó en un choque experiencial, ya que los pobladores provenían de entornos urbanizados, en donde los servicios e infraestructura urbana estaban presentes. Justamente, la producción de la experiencia urbana en aquel conglomerado explica de alguna forma cómo la política colectiva y toda una compleja trama de vínculos, tensiones y posiciones sociales en negociación y conflicto entre pobladores se fueron constituyendo localmente, lo que permitió, como definen los principales políticos o líderes barriales como Lucía, alcanzar logros y “derechos postergados” que no todos los barrios tienen.

## BIBLIOGRAFÍA

Barreto, L. (2018). *Entre el barro y las montañas. Etnografía sobre la producción del espacio y la política colectiva en un Asentamiento Planificado de La Matanza*. (Tesis de licenciatura inédita). Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Borges, A. (2003). *Tempo de Brasília. Etnografando lugares-eventos da política*. Rio de Janeiro: Relume Dumará/UFRJ.

- Bourdieu, P. (1999). Efectos de lugar. En: *La miseria del mundo* (pp. 119-124). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Carman, M. (2007). El principio de ‘máxima intrusión socialmente aceptable’, o los diversos grados de legitimidad de las ocupaciones urbanas. *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, 38 (21), 130-146.
- DaMatta, R. (1991). Espaço. Casa, rua e outro mundo: o caso do Brasil. En: *A casa & a rua: espaço, cidadania, mulher e morte no Brasil* (pp. 37-70). Río de Janeiro: Ed. Guanabara Koogan.
- Girola, M. F. (2007). Procesos de apropiación del espacio y sociabilidad vecinal en un gran conjunto urbano situado en la ciudad de Buenos Aires. *Anthropologica*, 25, 131-155.
- GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES (2000). Decreto 928/00. Recuperado de <http://www.gob.gba.gov.ar/legislacion/legislacion/00-928.html>
- Ingold, T. (2012a). Trazendo as coisas de volta à vida: emaranhados criativos num mundo de materiais. *Horizontes antropológicos*, 37, 25-44.
- Ingold, T. (2012b). *Ambientes para la vida. Conversaciones sobre humanidad, conocimiento y antropología*. Montevideo: Ediciones Trilce/FHCEE-Universidad de la República.
- Ingold, T. (2015). Desde la complementariedad a la obviación: sobre la disolución de los límites entre la antropología social, biológica, arqueología y psicología. *Avá. Revista de antropología*, 26, 12-51.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitan Swing.
- Loera, N. (2006). *A espiral das ocupações de terra*. San Pablo: Editora Polis.
- Loera, N. (2014). *Tempo de acampamento*. San Pablo: Editora UNESP.
- Massey, D. (2009). Concepts of space and power in theory and in political practice. *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 55, 15-26.
- Segura, R. (2015). *Vivir afuera: antropología de la experiencia urbana*. Buenos Aires: Ed. UNSAM.
- Sigaud, L. (2000). A forma acampamento: notas a partir da versão pernambucana. *Novos Estudos*, 58, 73-92.
- Thompson, E.P. (1995). *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica.

#### OTRAS FUENTES

- Registro de Campo 04/10/2013 – Entrevista a Ricardo y cooperativistas.
- Registro de Campo 23/10/2013 – Entrevistas a Lucía y Miriam.
- Registro de Campo 04/11/2013 – Entrevista a Carla.
- Registro de Campo 30/08/2015 – Entrevista a Cristian
- Registro de Campo 29/03/2017 – Entrevista colectiva a vecinas.
- Registro de Campo 26/03/2017 – Entrevista a Andrea.
- Registro de Campo 30/04/2017 – Entrevista a Canay.
- Registro de Campo 26/10/2017 – Entrevista a Ñoña.